



Universidad de Valladolid

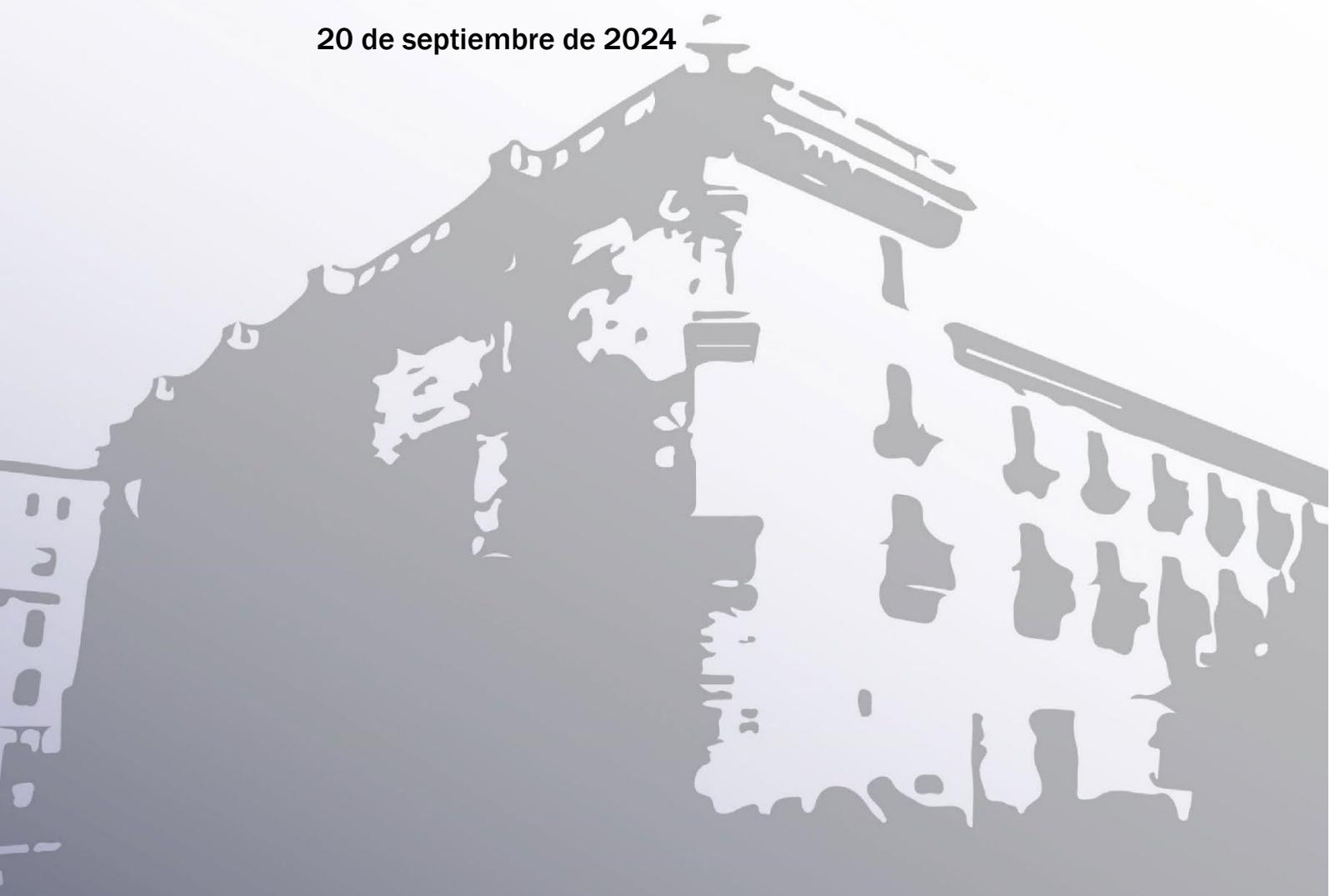
SOLEMNE ACTO DE APERTURA DEL CURSO 2024 - 2025

Lección inaugural

JAVIER BLASCO PASCUAL

Catedrático de Literatura Española

20 de septiembre de 2024



“La Universidad ante el reto de la inteligencia artificial: lección de Cervantes”

En 1988 tuve la satisfacción de acceder al claustro de profesores de la Universidad de Valladolid con una lección sobre Cervantes. Treinta y seis años después tengo el honor de ofrecer la lección inaugural del nuevo curso 2024-2025 también con Cervantes como telón de fondo, y lo hago con el agradecimiento a los colegas de Filosofía y Letras que propusieron mi nombre para esta misión, que desde luego recibo como una grata deferencia.

Soy consciente de que esos 36 años de servicio, que no son suficientes para cancelar la deuda contraída con esta institución el día de mi toma de posesión, constituyen el fondo de pantalla en el que se inscriben numerosas vivencias vinculadas a la historia de esta casa, de las que quiero salvar del río del olvido todas aquellas que tienen que ver con mi propio crecimiento intelectual y con la satisfacción de haber disfrutado de la progresión, intelectual y humana, de mis alumnos y discípulos. Decía un admirado poeta mexicano (Jaime Sabines) que “la función del maestro es lograr que el alumno aprenda por sí mismo y que alcance en un plazo menor de tiempo lo que a él le costó años conseguir.” Esta máxima ha presidido, desde siempre, mi trabajo docente, pudiendo comprobar que, efectivamente, son muchos los estudiantes que han superado en breve tiempo lo que a mí me costó años conseguir. Permítanme, en este sentido, un recuerdo obligado a Teresa Gómez Trueba, a Carmen Morán, a Carlos Gutiérrez, a César Sanz, a Patricia Marín, a María Martínez Deyros, a Cristina Ruiz Urbón, a Juan Herrero, a Pilar Alonso, a Carlos Martín Aires, a Marta Valsero y, en fin, a otros muchos que guardo en mi memoria y que recuerdo con admiración, aunque ahora no los cite expresamente.

¡Qué fácil y estimulante ha sido encontrarles en el aula cada mañana! Fácil e inspirador ha sido también trabajar bajo la dirección entrañablemente humana y sabia de rectores como Fernando Tejerina, Jesús Sanz Serna o quien hoy rige los destinos de nuestra Universidad. No menos estimulante ha sido trabajar junto a colegas como José Manuel Fradejas, Francisco Javier de la Plaza, Santiago de los Mozos, María Ángeles Sastre, Eva Álvarez, Jesús Pascual, Celso Almuiña, Germán Delibes, Margarita Lliteras, Mauricio Herrero, Julio Manzano, Enrique Cámara, Nereida López Vidales, Ricardo Martín de la Guardia, Guillermo Pérez, David Escudero, Valentín Cardeñoso, Asunción Esteban, Dunia Etura, Elena Pallarés, Túa Blesa, Emilio de Miguel, Manuel Pérez López, Julio Borrego Nieto, José Antonio Bartol, Pilar Celma, y otros muchos de esta y de otras universidades, que aquí no menciono por no hacer excesivamente larga esta tabula gratulatoria.

Perdónenme el desahogo personal que supone la enumeración anterior irremediablemente incompleta. Pero déjenme decir que los nombres de todos a quienes acabo de citar no son impertinentes en esta lección. Con todos ellos, en una

u otra medida, está en deuda el concepto de universidad que ha animado mi trabajo en la UVA y que encierran las páginas que siguen.

1. La Inteligencia Artificial, un presente pleno de promesas

La Constitución Española de 1978, año en que me incorporo a la Universidad con una Beca de Investigación, abre el camino a una mayor autonomía de la Universidad y a una descentralización del sistema universitario español, en un proceso que hemos vivido en plenitud los de mi generación con todos los accidentes que conllevó la Adaptación al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES).

Creció la movilidad estudiantil y docente, la cooperación académica internacional y la participación de nuestros Departamentos en programas más allá de los Pirineos. Las mujeres y los hombres de mi generación hemos sido testigos de cómo la Universidad ha ido cambiando, no siempre para bien, a la sombra de normativas como la Ley Orgánica 11/1983, de 25 de agosto, de Reforma Universitaria (LORU); la ley Orgánica 6/2001 de Universidades, de 21 de diciembre (LOU); la Ley Orgánica 4/2007, de 12 de abril, por la que se modifica la Ley Orgánica 6/2001, de 21 de diciembre, de Universidades (LOMLOU); la Ley Orgánica 8/2013, de 9 de diciembre, para la Mejora de la Calidad Educativa (LOMCE) o la Ley Orgánica 2/2023, de 22 de marzo, del Sistema Universitario (LOSU). Todas estas siglas dibujan el camino que hemos vivido todos los universitarios de mi generación, los mismos que actualmente asistimos curiosos y preocupados a la irrupción de la IA.

Yo he sido, desde siempre, un usuario de las nuevas tecnologías. En 1985, tres años antes de ganar la Cátedra de Literatura en la UVA, manejaba un Amstrad CPC 464 y, desde entonces, he sentido no sólo curiosidad, sino pasión, por las nuevas tecnologías en tanto en cuanto venían a hacer más fácil el trabajo tradicional de almacenamiento de información y de gestión de la misma. Pero, cuando hablamos de la implantación de la IA, hablamos de algo que va mucho más allá de una herramienta de trabajo. La IA va a modificar sustancialmente nuestra manera de relacionarnos con el mundo, como lo cambió en el siglo XV la implantación de la imprenta. En aquel momento, la imprenta provocó múltiples transformaciones en la sociedad europea: facilitó el acceso a la información y el conocimiento a un público más amplio que aquel al que llegaba el manuscrito; impulsó la alfabetización de capas de la población a las que les estaba vetada otra cultura que aquella que se difundía oralmente; liberó los textos religiosos del monopolio interpretativo de la Iglesia, provocando corrientes de pensamiento como la Reforma protestante; contribuyó a una mayor conciencia crítica entre la población. En conclusión, la imprenta fue un catalizador fundamental de cambios en la sociedad y en la cultura europeas de los siglos XV y XVI.

En este sentido, a pesar del escepticismo que todavía se observa en amplias capas de la población universitaria, la IA (y todas las herramientas relacionadas con ella: minería de datos, procesamiento y generación textual o audiovisual) viene acompañada con una oferta de futuro que se concreta en cambios muy parecidos a los que hemos mencionado para comentar lo que sucedió hace seis siglos con la

imprensa. La IA llega con la promesa de facilitar el acceso a la información a todos los sectores y niveles sociales; de permitir una educación personalizada con caminos de aprendizaje adaptados a las necesidades y capacidades individuales de cada estudiante; de derribar barreras geográficas, sociológicas o ideológicas, permitiendo a estudiantes de todo el mundo acceder a una información que se escapa del control de ciertos grupos. Aunque todo el mundo asume que vivimos en la era de la información, la realidad es que nos movemos todavía (la mayoría al menos) con modelos de la era industrial. Algo parecido ocurrió en el siglo XV con el descubrimiento de la imprenta. Hubieron de pasar casi 100 años para que el libro impreso, frente al manuscrito, pasase a ser un objeto habitual. De la IA cabe esperar mucho. Ha venido para quedarse y para cambiar sustancialmente el mundo que está dejando de ser el que trajo la revolución industrial.

Todo hace suponer que la IA tendrá (ya lo está teniendo) un impacto decisivo en nuestras economías, en nuestra sociedad y, en definitiva, en nuestras vidas. Hoy ya, es capaz de procesar, en brevísimo espacio de tiempo, cientos de miles de páginas, o ingentes volúmenes de información, y devolver síntesis razonadas o generar respuestas que podrían pasar desapercibidas para el humano entre millones de datos o páginas. En fin, a estas alturas todos sabemos ya (con más o menos precisión) qué es la IA. Por eso, no me extenderé más en describir los beneficios que de su incorporación a nuestro trabajo pueden derivarse en todas las áreas del saber.

En este punto, les voy a pedir que, apelando a la memoria, visualicen en su imaginación el fresco que Miguel Ángel pintó en el techo de la Capilla Sixtina. Recuerden el gesto de Dios dirigiendo su índice al cuerpo de Adán, tocándole en el dedo, para darle vida según el relato del Génesis (Génesis 1, 26-27). Díganme si hoy, ante las promesas con que la IA ha venido a instalarse en nuestras vidas, no sienten la tentación de invertir la lectura del mencionado fresco para interpretar que es el hombre, aplicando su índice al teclado, quien está abriendo ante sus ojos un acceso casi infinito al conocimiento.

Hasta aquí parece habernos traído la fruta del árbol del Bien y del Mal, consiguiendo que se cumpla la profecía de la serpiente: “el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis, 3, 5). Y esta lectura que les propongo del fresco de la Capilla Sixtina es algo más que una ocurrencia, si se paran a pensar en las relaciones profundas que la IA guarda con la teología tradicional. Más adelante me referiré a ello más por extenso.

2. La Inteligencia Artificial: los peligros

Sin embargo, no volvamos a caer en el engaño de esa tentadora serpiente digital, que es la IA. En última instancia somos datos (experiencia, memoria, lecturas, recuerdos...) y la IA nos promete una capacidad ilimitada, omnipotente, divina, de almacenaje de datos a la distancia de lo que separa nuestro dedo índice del teclado de nuestra computadora. Y ahí surge el problema: ¿cómo entender, cómo interpretar esa montaña de datos? ¿Cómo recuperar, en este futuro de los datos (que ya está aquí), el espacio de lo humano? La IA plantea retos y amenazas que no debemos

ignorar ni menospreciar, sobre todo conociendo en qué paró la promesa del paraíso, y la Universidad tiene al respecto una ineludible responsabilidad. Incorporar, sí, todas las posibilidades de la IA, pero a la vez seguir trabajando, no abandonar el empeño fundacional de la institución en seguir desarrollando el pensamiento crítico para evitar convertirnos en esclavos de un algoritmo; un pensamiento crítico que nos enseña que no debemos dar por definitiva ninguna suma de datos, sin educar antes nuestra capacidad de analizarlos y de interpretarlos desde un espacio en el que lo humano prevalezca.

El *informe sobre Universidad e inteligencia artificial*, elaborado por un relevante grupo de autores encabezado por Andrés Pedreño¹, dedica un apartado importante al análisis de los retos que a la Universidad le plantea la irrupción de la Inteligencia Artificial:

Si bien la IA puede minimizar sesgos en la interpretación de datos, paradójicamente también puede amplificarlos. La eficacia de la IA se sustenta en la calidad y diversidad de los datos. Datos sesgados pueden llevar a sistemas de IA con resultados injustos. Además, la falta de diversidad entre los desarrolladores e investigadores puede resultar en la propagación de prejuicios. La subrepresentación de las mujeres en la investigación de IA y en campos STEM es evidente, influida tanto por factores educativos como por normas sociales. Más allá de la desigualdad de género, existe el riesgo de que la IA perpetúe o exacerbe formas de discriminación racial y étnica.

El impacto ambiental de la IA, con su intensivo consumo de energía, también plantea cuestiones de sostenibilidad. Por ejemplo, entrenar un modelo como ChatGPT puede consumir energía comparable a la de una ciudad pequeña en un mes. Hacer un uso eficiente y responsable de la IA es una exigencia desde la perspectiva de la sostenibilidad (p. 23).

Importantes son también otros retos de carácter ético y conceptual que la IA (sobre todo la IA generativa) puede plantear. Basta pensar en ChatGPT como una vía de conocimiento, con un modelo de generación de contenidos muy próximo a lo que es, según demanda de The New York Times ante la Corte de Nueva York, un proceso de plagio.

Así resume el funcionamiento de la IA el texto de la mencionada demanda: basándose en los potencialmente miles de millones de textos (muchos de ellos protegidos por derechos de autor) utilizados para entrenar sus LLM (Large Language Models), estos programas codifican copias recuperables de muchas de las obras que contienen esos textos para basar en ellas el entrenamiento de la herramienta. Eso significa que, en respuesta al prompt (o pregunta de usuario) adecuado, “repetirán grandes porciones de los materiales en los que fueron entrenados” sin respeto a los derechos de autor que pudieran existir sobre las fuentes a partir de las cuales la respuesta se ha elaborado o a partir de las cuales se ha servido para entrenar sus modelos.

El proceso que subyace a las operaciones sobre las que la IA es, sin duda, importante para una institución como la Universidad, nacida –como dice el lema de la nuestra (Sapientia Aedificavit Sibi Domum) – para ser sede o casa del conocimiento. Resulta necesario, por todo ello, poner en marcha directrices claras para garantizar la

integridad académica y el respeto a los derechos de autor, frente a la producción masiva, la falsa autoría y la publicación fraudulenta.

Pero los peligros de la IA, con implicaciones éticas e ideológicas, tampoco se detienen aquí. Si la verdad es lo que nos hace libres, la IA tiene una indudable capacidad de crear “verdades” a la medida de cada uno de los destinatarios. A partir de la información que hoy ya tienen las máquinas sobre cada uno de nosotros, la IA es capaz de contarnos la verdad que a cada uno mejor conviene o, lo que es peor, la verdad que otros quieren que creamos para manipular nuestras emociones y, en definitiva, determinar nuestra conducta, como individuos y como sociedad. El potencial de la IA como herramienta de manipulación es, ciertamente, alto. Una inteligencia no humana, pero en muchos aspectos superior a la humana, tiene el poder de crear sus propias versiones de la realidad, y servir las de manera individualizada en función del receptor, con unos fines de dudosa moralidad⁶. Y así, esa inteligencia, a partir de esos relatos contruidos a medida, tiene la capacidad de alimentar nuestra mente; tiene el potencial de conformar nuestra ideología y, en última instancia, de programarnos a nosotros.

Vuelvo ahora a pedirles que traigan de nuevo a su memoria el citado fresco de Miguel Ángel: cuando –tentado por la serpiente del poder y la soberbia– el hombre ve en sus manos la manera de “ser como Dios”, más aún, la manera de crear con su índice a Dios, se corre el peligro de encender con nuestro índice un poder que, lejos de ser capaces de controlar, nos controla.

3. Inteligencia Artificial e inteligencia humana

Por todo lo anterior, es necesario pararse a pensar en la necesidad de poner límites éticos y lógicos a esa IA generativa, antes de que se nos escape de las manos. Esta es la situación en la que hoy nos encontramos. Sin los necesarios controles (y este es el reto más importante de la Universidad actual), en la era de la IA generativa asistimos a un estado de inseguridad absoluta sobre los contenidos que nos llegan (y, lo que es más grave aún, sobre la intencionalidad que gobierna esos contenidos). Sin duda, si no queremos ser expulsados del paraíso por segunda vez, habrá que poner control a los algoritmos (y no hablo de limitar la libertad de información, sino de limitar la desinformación), pero, sobre todo, habrá que educar a los humanos para distinguir la verdad de la ficción, la verdad de la mentira, en todo lo que se nos ofrece como imagen o como artefacto audiovisual.

La IA es la herramienta más poderosa que se haya inventado jamás. Pero los riesgos son también evidentes y es a estos riesgos a los que hoy la Universidad está obligada a responder, pues ellos constituyen el mayor reto para la humanidad en el presente siglo. Se trata, en fin, de un conjunto de riesgos y de retos, en absoluto irrelevantes, que afectan tanto al acceso como al tratamiento o a la generación del conocimiento.

Aprovechemos todas las capacidades de la IA para transformar el mundo, pero hagámoslo con criterio, con sentido común. Impliquemos a las humanidades (desarrollo de la capacidad de interpretación humana frente a la capacidad de

manipulación de la máquina) en la alimentación de algoritmos que pueden salvarnos, pero también condenarnos.

Conocida la potencialidad de la IA para manipular nuestras emociones en una u otra dirección, estamos obligados a estimular la capacidad intelectual y crítica hacia todo lo que oímos, vemos y leemos. Y ese papel debería ser prioritario para las Universidades del siglo XXI.

Desde luego, las universidades deberían establecer políticas claras sobre el uso de la IA encaminadas a lo ético y estoy seguro (porque conozco a su director) que el Centro IA de la UVA así lo hará. Y no me refiero sólo a cuestiones de copyright. La universidad, desde luego, deberá abrir una reflexión seria sobre el cómo utilizar la IA, pero también sobre el para qué y, ante todo, no deberá ignorar los riesgos que su implantación conlleva. Si la imprenta trajo el Humanismo poniendo al hombre en el centro de todo, con la IA corremos el riesgo de iniciar un proceso de deshumanización si la Universidad no asume, frente a los riesgos señalados, el reto de hacer cuanto esté en su mano para que el hombre siga siendo dueño y señor de su destino. Sin duda, el Humanismo y las humanidades tienen en este contexto una especial responsabilidad.

4. La lección de Cervantes

Dicho lo anterior, es hora de volver al que ha sido mi campo de trabajo durante todos los años de servicio a esta casa (Cervantes), para vivir con el autor del Quijote los retos de esa revolución intelectual que acompañó a la implantación de la imprenta, porque las promesas y los temores que ella suscitó entre los contemporáneos de Cervantes se parecen mucho a los que, vinculados a la IA, actualmente nos acompañan.

La verdad es que siempre conviene volver a Cervantes por la lección inagotable que sus libros contienen; lección, desde luego, de literatura, pero también de sentido común, de ética y de reflexión sobre el mundo que nos ha tocado habitar. Porque Cervantes ha servido de guía literaria y de inspiración a todos los grandes novelistas pasados y presentes. Él fue el inventor de la novela moderna, de esa forma de narrar que no ha perdido vigencia alguna y que tiene que ver con su forma de escribir, pero que sobre todo tiene que ver con su forma de situarse ante el mundo y ante los textos que nos hablan de ese mundo. Lo que Cervantes propone a sus contemporáneos es que, a diferencia de don Quijote, se enfrenten a la realidad con ojos nuevos, con ojos distintos a los discursos doctrinales de su tiempo, discursos de ficción y de no ficción, compuestos para enmascarar y manipular la realidad, pintando gigantes donde sólo hay molinos.

En mis clases, al ocuparme de Cervantes, he insistido, claro está, en el arte de escribir cervantino, recurriendo para ello a la abundante y valiosa bibliografía existente; pero siempre me ha interesado poner el acento en otro punto mucho menos atendido. Porque Cervantes en sus narraciones no sólo nos da una “historia”, sino que además nos muestra cómo se cuenta una historia y, lo que es tan

importante como lo anterior, nos muestra cómo se lee una historia y, en definitiva, cómo se lee el mundo que habitamos. Cervantes inventó la novela moderna, pero inventó también al lector moderno, nos inventó a nosotros lectores, igual que varias décadas más tarde Velázquez inventó al espectador de su pintura. Valga el ejemplo de Las Meninas en la lectura que Foucault hizo del cuadro de Velázquez: “Nos vemos vistos por el pintor, hechos visibles a sus ojos por la misma luz que nos hace verlo”, porque, puestos ante el lienzo velazqueño, es imposible no plantearse la pregunta de si es el espectador quien puede observar a Velázquez pintando o si, por el contrario, es él quien nos mira, convirtiendo en un problema la acción misma de mirar, de leer, de interpretar lo que vemos o lo que leemos⁸. Y esto sucede así, porque tanto las palabras como las cosas se han convertido en signos divorciados de las cosas. Y, en consecuencia, en un problema para el observador o para el lector. Las palabras ya no conducen a las cosas sino que las evocan o, en el peor de los casos, las enmascaran.

En su obra, Cervantes nos enseñó que “el lector” se convierte en “el personaje principal de la novela”. Así lo escribió Elsa Triolet, pero el concepto es plenamente cervantino. La principal criatura de Cervantes, don Quijote, es, como se ha dicho, la “parodia de un santo cristiano”, un “amable loco” o un “héroe irónico”, y todo ello es así por pretender, en una errada forma de afrontar el ejercicio de la lectura, sumar vida y ficción. Alonso Quijano, al igual que una parte importante de sus contemporáneos y –por desgracia– al igual que una parte importante de nuestros contemporáneos, ha equivocado el modo de acercarse al libro. No ha sabido leer. Ha pensado que todo lo que decía el libro, por el mero hecho de estar “negro sobre blanco”, era verdad. Era incapaz de pensar que el libro pudiera ser vehículo de la mentira.

El problema de cómo escribir una novela es, en la época, un problema minoritario, un problema de academias y de profesionales de la escritura. El problema de cómo leer una novela, sin embargo, tiene otra dimensión. La lectura, sus circunstancias y su casuística, van a convertirse en una obsesión casi generalizada. Basta recordar la prisión de Fray Luis de León (en Valladolid precisamente) por haber puesto un libro de la Biblia (El Cantar de los cantares), con su traducción al castellano, en manos de cualquier lector, cuando el privilegio de la lectura de la Biblia era exclusivo de la Iglesia. Por eso, se limitaba legalmente su traducción. Si cualquiera podía tener acceso a la Biblia, la Iglesia perdía su monopolio interpretativo. Bien lo sabía Lutero. La imprenta y el desarrollo que llega a alcanzar el mercado del libro en tiempos de Cervantes trastoca la relación del receptor con el libro; la lectura en privado abre paso a una experiencia realmente novedosa e inspiradora de todo tipo de sospechas. Además, gracias a la fácil difusión del libro derivada de la imprenta, la lectura se democratiza y los contenidos del libro llegan a grupos de población nuevos, sin experiencia con la interpretación.

No repetiré aquí ninguna de mis clases, pero sí quiero llamarles la atención sobre el hecho de que, cuando en el Quijote el canónigo se extraña de la credulidad lectora del protagonista y se maravilla de que “haya entendimiento humano que se dé a

entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero”, don Quijote le responde:

—¡Bueno está eso! —respondió don Quijote—. Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros..., finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira...? (Q, I, 49).

Estos nuevos lectores que la imprenta incorpora a la cultura del libro están indefensos ante el prestigio de la letra impresa, de modo que tienden a aceptar todo lo que se publica, confundiendo escritura con realidad. Viendo lo fácil que es, todavía hoy, introducir una mentira a través de los medios de comunicación, no nos ha de extrañar que don Quijote se tome al pie de la letra lo que ha leído en los libros de caballerías. Lo que le sucede a don Quijote, un personaje de ficción, lo viven en la realidad muchos otros personajes de carne y hueso. Entre los contemporáneos de Cervantes son muchos los supuestos cuerdos —santa Teresa, san Ignacio, etc.— que, a partir de una incorrecta interpretación del concepto renacentista de la imitatio, pretenden ajustar su vida a un texto literario y los imitadores del Amadís, que nunca llegaron a escribir una sola línea, son legión (Sieber 1988: 1, 14). Pero el fenómeno no nos es extraño hoy: a través de algunos presuntos medios de comunicación o de información, los molinos se siguen convirtiendo en gigantes para muchos, y quienes controlan la comunicación (“es muy burdo, pero voy con ello”, en palabras textuales de Ferreras) controlan también la mente de aquellos individuos que carecen de una correcta forma de leer. El Quijote es una novela que trata de cómo se escribe una novela, pero es también una novela que trata de cómo leer un discurso que busca convertirnos en una “república de hombres encantados”. Y esa es una de las grandes lecciones que todavía hoy siguen siendo útiles: es el narrador quien controla la información y nos dirá exactamente lo que él quiera decirnos, callando aquello que no le interese que se sepa: “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”

5. La invención del lector moderno

Me interesa examinar a Cervantes desde esta perspectiva, la de inventor del lector moderno; la de quien, con el Quijote (pero también con otras muchas de sus novelas), trabaja para formar un tipo de lector que sabe que, ante cualquier discurso, existe la posibilidad de que el emisor sea infidente, poco confiable; un tipo de lector prevenido, que ya no aceptará, sin masticarlo oportunamente, todo lo que se le diga o se le escriba. Y de este punto —que me parece fundamental— la bibliografía cervantina apenas se ha hecho eco. Desde la primera línea del Quijote (En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...”), Cervantes —aunque a la crítica le haya costado verlo— nos avisa de que el narrador sólo va a contarnos aquello que él quiera; que lo importante no son los hechos, sino el relato y que este depende (sólo y con independencia de los hechos referidos) de la voluntad del narrador. El aviso se repite a lo largo del texto numerosas ocasiones. Y así no

sabemos si la aventura de Puerto Lápice fue, o no, la primera que le avino a don Quijote, porque los distintos autores que de ello tratan –nos dice el narrador del Quijote– no se ponen de acuerdo. Se nos dice que la historia de don Quijote la escribió Cide Hamete Benengeli, pero a nosotros no nos llega ese texto, que tradujo un morisco aljamiado, quien –se le avisa al lector–, suprimió todos aquellos pasajes que no resultaban acordes a sus gustos; y tampoco –en la ficción que trama Cervantes– nosotros llegamos a conocer la versión castellana censurada del morisco, porque dicha versión la reelabora un supuesto segundo autor, que, cargado de prejuicios racistas, sospecha que lo escrito por Cide Hamete podría ser mentira, pues, como todo el mundo sabe, los árabes –en palabras de este segundo autor o autor cristiano– son embusteros. De manera que, simplificando las cosas para la ocasión, en última instancia el Quijote sería la historia de un mentiroso modificada por un pobre ignorante, tan loco como don Quijote y además cargado de prejuicios. Imposible que el lector de esta historia la leyese como don Quijote leía sus libros de caballerías.

El lector del Quijote está prevenido acerca de las limitaciones del relato y entiende que, por mucha que sea la propiedad con que se le cuenta la historia del caballero manchego, lo que en ella se lee es un desatino. Para mayor claridad de lo que ahora pretendo expresar remito a las palabras de mi querido colega y amigo Darío Villanueva:

“[La], literatura de ficción debe cumplir [...] una regla de oro que se sitúa en el vértice de toda la poética novelesca de Cervantes: «Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren», porque «tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera». Y, para conseguirlo, deberá, como escribe Cervantes en su Viaje del Parnaso (1614), saber «mostrar [al lector] con propiedad un desatino».

Con el juego narrativo al que he aludido más arriba, lo que Cervantes consigue es acabar con el lector ingenuo, incapaz de percibir que lo que está leyendo es un desatino, por mucha que sea la propiedad con la que esté contado; acabar con la forma de leer de don Quijote, para proponer una forma de lectura que podía disfrutar de la mentira, siempre que se contara con propiedad, pero que ya no identificaba texto y verdad; un lector crítico que podía aprender en el Quijote que con las palabras se le podía engañar a fin de que viera gigantes, donde sólo había molinos; un lector que sabía ya que –como diría Michel Foucault– con las palabras se pueden trocar las cosas por virtud de ciertos encantadores:

¿Qué es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos o destruirnos; y, así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa.

Cervantes sabe que aquellos que siguen confundiendo palabra y cosa corren el riesgo de dejarse atrapar y manejar por la palabra, permitiendo que cualquier timador, Chanfalla y Chirinos, por ejemplo, puede convertir a su antojo la realidad en un retablo de las maravillas, donde las cosas se tornarán inestables, cambiantes. Mucho antes de que Marx y Engels lo escribieran en el Manifiesto Comunista, de 1848, Cervantes conocía que, si la palabra tenía la virtud y capacidad de convertir en maravilla lo real, también podía tener el don inverso de sacar al lector de la fábula, de los dogmas impuestos, y ponerlo en situación de “enfrentarse con sensatez a las condiciones reales de su vida y a las relaciones establecidas con sus semejantes”. Si la palabra tenía el don de crear maravillosos retablos, también tenía, bien leída, la capacidad de diluir en el aire todo lo sólido.

Tras la separación de palabra y cosa, la verdad deja de ser un valor absoluto y el narrador tiene el poder de fragmentarla en pequeñas verdades subordinadas a su ideología, a sus intereses y prejuicios, a su perspectiva, que diría Ortega y Gasset. Por ello, Cervantes, siembra cada una de las páginas de su Quijote de avisos al lector y le previene acerca de la inseguridad de cualquier discurso con pretensiones de ser espejo de la vida, o de servir para la transmisión de doctrina o ideología. Tales discursos, en todo caso, serán los discursos de la opinión dominante o no, discursos esencialmente verbales, incapaces de aprehender un mundo cambiante, ambiguo y perspectivista. El lector en el que Cervantes piensa estaría bien representado por el canónigo de la primera parte del Quijote:

De mí sé decir que, cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero, cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego si cerca o presente le tuviera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y a tener por verdaderas tantas necedades como contienen (Q, I, 49).

6. La actualidad de Cervantes ante los retos de la Inteligencia Artificial

El discurso cervantino, próximo en tiempo y en modernidad de los de Bacon, Descartes o Galileo, abre la posibilidad de un pensamiento que, sentando las bases del racionalismo, somete a examen cualquier idea recibida (basta recordar al respecto lo que persigue el Discurso del método). Cada uno –pensaba Descartes– debe construir su visión del mundo desde el yo y dudar, por método, de todo lo que contienen los discursos recibidos. Y, sobre todo, debe “no admitir jamás cosa alguna como verdadera sin haber conocido con evidencia que lo era”.

La escritura de Cervantes está en sintonía perfecta con estas máximas. A este respecto, dice Milan Kundera: “Para mí el creador de la Edad Moderna no es solamente Descartes, sino también Cervantes” 9. Y, en la misma línea, el gran Francisco Ayala afirma que la revolución que Cervantes lleva a cabo con la invención

de la novela guarda un significativo paralelismo con la que le corresponde a Descartes, en el campo de la filosofía. Ambos, aunque desde posiciones diferentes, ponen entre paréntesis todo el saber tradicional, práctico o teórico, para reconstruirlo a partir de la conciencia individual. Ambos, ante la crisis que se deriva del resquebrajamiento del “sistema dogmático de creencias que ofrecía a los cristianos una explicación coherente del mundo”, ensayan un método para entender cuanto les rodea. Cervantes lo hará cuestionando con las vidas de sus personajes inventados las ideas recibidas, en tanto que Descartes, unos años más tarde, ensayará un método basado en la razón. Lo diré con palabras, de nuevo, de Milán Kundera:

Cuando Dios abandonaba lentamente el lugar desde donde había dirigido el universo y su orden de valores, separado el bien del mal y dado un sentido a cada cosa, don Quijote salió de su casa y ya no estuvo en condiciones de reconocer el mundo. Este, en ausencia del Juez supremo, apareció de pronto en una dudosa ambigüedad [...] De este modo nació el mundo de la Edad Moderna y con él la novela, su imagen y modelo.

Comprender con Descartes el ego pensante como el fundamento de todo, estar de este modo solo frente al universo, es una actitud que Hegel, con razón, consideró heroica. Comprender con Cervantes el mundo como ambigüedad, [afrentar con una] única certeza la sabiduría de lo incierto, exige una fuerza igualmente notable.

Y es que la novela, en tanto que modelo de ese mundo, cuyas puertas le abre Cervantes al nuevo lector que su libro está creando, mundo fundamentado en la relatividad y ambigüedad de las cosas humanas, es incompatible con el universo totalitario.

Cervantes percibe claramente, y así lo plasma en el Quijote, que los libros —además de para todo lo que ya sabemos— sirven para crear una realidad de palabras, alejada de la realidad de las cosas, pero emocional e ideológicamente tan poderosa o más que ella. Los libros crean, frente a la realidad tangible, otra realidad controlada por “sabios encantadores” dispuestos a sacar rédito de ella; una realidad que algunos, de entonces y de ahora, prefieren a la primera. Cervantes es quizás el primer intelectual moderno en darse cuenta del riesgo que supone permitir que el poder ocupe el lenguaje. Porque el poder nunca se contentará con esto, sino que utilizará el lenguaje para secuestrarnos la realidad y convertirnos —como escribió un injustamente olvidado contemporáneo de Cervantes— en una “república de hombres encantados”¹⁰, ya que “donde quiera que el poder se deifique, éste —nos enseña Kundera— produce automáticamente su propia teología; donde quiera que se comporte como Dios, suscita hacia él sentimientos religiosos; el mundo puede ser descrito con un vocabulario teológico”.

En este sentido, y apelando al lenguaje, a nadie se le escapa que existen paralelismos interesantes entre las pretensiones de la Inteligencia Artificial (IA) y ciertos aspectos de la teología tradicional, que ya no se disimulan en GPT-40, con O de omnipresente u omnipotente. De manera similar al Génesis en la Biblia, los desarrolladores de IA, en cierto sentido, persiguen la “creación” de formas de

inteligencia y sistemas autónomos, intentando imitar la capacidad que se atribuye a una deidad y proponiendo una relación Omnisciencia y Big Data, Providencia y Automatización, Propósito y Teleología, y Transcendencia y Singularidad. Las grandes preguntas y temas de la teología hallan eco en los debates contemporáneos sobre la IA, sugiriendo una continuidad en la forma con que los humanos buscamos entender y manipular el mundo a través de la ciencia, la tecnología y la religión.

7. La Universidad del siglo XXI: una Universidad lectora, una Universidad con Humanidades fuertes

La Universidad del siglo XXI tiene ante sí el reto de reaccionar contra los dogmatismos y contra los relativismos; contra el cinismo y contra la recaída en nuevos (y viejos) fundamentalismos. Marc Fumaroli, profesor de la Sorbona, del College de France y de algunas de las más importantes universidades europeas, advierte:

El régimen cultural-comunicacional en el que nos hemos sumergido comporta 'daños colaterales' muy graves a la vez para el ejercicio liberal de la democracia, para la independencia de criterio de sus ciudadanos y para la dignidad de las producciones del espíritu. Es preferible mirarlos de frente. Sólo con esta condición pueden considerarse algunos métodos correctivos.

En efecto, mirando de frente estos potenciales daños, la Universidad ha de recuperar el sentido propio de las palabras. Por ejemplo, el sentido de la universalitas a que remite etimológicamente el término “Universidad”; pero, sobre todo, debe recuperar el verdadero significado de la “educación”, una de sus funciones esenciales, recordando que educación deriva de Educere, esto es, de una voluntad de “conducir” a los discentes fuera de la ignorancia, fuera de la barbarie, fuera de la brutalidad, para iniciarlos en el tipo de lector que perseguía Cervantes: un lector con capacidad crítica ante la brutalidad del sesgo acrítico con el que nos llegan todos los discursos generados desde las máquinas; unos discursos utilizados en muchos casos (incluso entre presuntos investigadores) para hacernos creer que son gigantes y yelmos de Mambrino; discursos capaces de crear una realidad de palabras al margen de la realidad de las cosas; unos discursos, en definitiva, que parecen programados para devolvernos de nuevo a una república de hombres encantados. La principal responsabilidad de los intelectuales consiste en decir la verdad y revelar el engaño de los discursos que nos envuelven, recuperar la lección de Cervantes en el Quijote con la creación de un lector moderno en posesión de criterios suficientes para distinguir la verdad de la mentira.

No es preciso siquiera recurrir a la falta de garantías (intelectuales o éticas) del trabajo de la IA, dependiente siempre de las fuentes en que se alimente. Se ha convertido en un mantra, en estos tiempos de bulos y fake news, la afirmación de que “dato mata relato”, lo que resulta ser, de nuevo, una fake news. Sin salir del contexto cervantino, recordarán que hace unos pocos meses la prensa nacional difundió con grandes alharacas el descubrimiento en Sevilla (por parte de un supuesto “investigador nacional”, así lo presentaba la prensa) de un documento

firmado por Cervantes en el que el autor del Coloquio de los perros aparecían como “natural de Córdoba”. El documento en cuestión (un pleito de 1593) es, desde luego, auténtico, pero ni es descubrimiento (se trata de un documento bien conocido y bien estudiado desde hace más de un siglo) ni significa lo que quería el susodicho “investigador nacional” de cuyo nombre no quiero acordarme: que el autor del Quijote era cordobés y que el Cervantes de Alcalá era un primo suyo. Comentando la noticia, un ilustre cervantista escribió un notable artículo del que extraigo una cita que resulta muy oportuna para lo que aquí quiero expresar en defensa de una necesaria colaboración de ciencia y humanidades: “La ciencia, para ser llamada así, necesita de un método que permita contrastar sus resultados y pasar así de la información (los datos) al conocimiento (la interpretación)”

Sin ese salto, que implica contextualización, conocimiento de la época, y dominio de los recursos hermenéuticos y argumentativos oportunos; sin la interpretación, en definitiva, el simple dato no permite el desencantamiento de gigantes y yelmos.

Nadie puede ignorar la extraordinaria (y potencialmente beneficiosa) importancia que tendrán la cibernética y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación para el futuro de la Universidad y de la sociedad. La creación del Centro IA de la Uva es, sin duda, un gran acierto, porque la IA ha llegado para quedarse, y sus virtudes son muchas. Pero también son muchos sus riesgos. Por ello, debemos estar vigilantes con distorsiones y excesos como, por ejemplo, ha advertido

Paul Virilio y desarrollar mecanismos para recurrir al desencantamiento cuando sea necesario hacerlo: Sin libertad para criticar la técnica, tampoco hay 'progreso técnico', sino un condicionamiento solamente... y cuando este condicionamiento es cibernético, como se da el caso hoy en día con las nuevas tecnologías, la amenaza es considerable.

Como ha escrito recientemente un ilustre colega de la Universidad de Sevilla (Manuel Ángel Vázquez Medel), “la Universidad del siglo XXI debe ser, pues, una Universidad sólida y una Universidad lectora, una Universidad con Humanidades fuertes, que reencuentre en la palabra, en la obra de arte, en el pensamiento o en los hechos del pasado, esa morada del ser que nos impulsa a vivir con intensidad, y en constante revitalización cultural”.

Si como decía Paul Virilio, desde la revolución industrial, a mitad del siglo XIX, todo avance nos llega con su contrapartida –con el tren, la contaminación y el riesgo de accidente múltiple por descarrilamiento; con el avión, el accidente aéreo–, preparemos las defensas contra las posibles contrapartidas de la IA, algunas de las cuales nos resultan bien próximas: bulos, desinformación, falsificación, plagio, atentados varios contra los derechos de autor y la protección de datos, y en definitiva pérdida del espíritu crítico ante los diferentes sesgos cognitivos que amenazan la IA (sesgos de confirmación, de representación o de disponibilidad). Porque, no se nos oculta a ninguno de los presentes, la capacidad de la IA, apoyada en todos o en varios de los sesgos comentados, para reemplazar el derecho a la información por la creación de estados de opinión acordes con las agendas del poder corporativo

dominante. El exceso de información, muy vinculado en este momento con la IA, deriva muy frecuentemente en desinformación.

Ya Chomsky quiso prevenir sobre el hecho de que hoy haya más noticias que nunca, porque eso no quiere decir que todas ellas sean ciertas o estén contrastadas. En la demanda del The New York Times contra OpenAi y Microsoft, la parte demandante alega, con argumento difícil de rebatir, que

[...] En las últimas dos décadas, los modelos de negocio tradicionales que apoyaban el periodismo de calidad han colapsado, obligando al cierre de periódicos en todo el país. Se ha vuelto más difícil para el público diferenciar entre hechos y ficción en el ecosistema informativo actual, ya que la desinformación inunda internet, la televisión y otros medios (trad. fol. 14)¹⁵.

Y este argumento, que vale para el The New York Times, cobra mayor relevancia (si cabe) cuando se aplica a la producción científica de la Universidad, porque los contenidos derivados de la investigación universitaria están en la base de muchos de los pilares de la sociedad.

Y, si hasta ahora, la principal responsabilidad de la Universidad se centraba en la investigación, ahora, ante el auge de los contenidos, “transformados” antes que generados de las distintas herramientas de la IA, ahora se le plantea una nueva responsabilidad. La Universidad ya no va a poder conformarse con generar contenidos de calidad y

proteger los derechos de autor que sobre esos contenidos rigen; tras la irrupción de la IA, la Universidad tiene una nueva responsabilidad: garantizar que las “transformaciones” que la IA lleva a cabo sobre sus contenidos no los corrompan, adulteren e incluso instrumentalicen con fines potencialmente peligrosos al servicio de intereses bastardos y sin respeto alguno a la realidad. Hay que hacer especial hincapié en esto en un momento en que parece ser que se reclama e impone un régimen “abierto” para los trabajos de nuestros investigadores.

Desde luego, la Universidad debe apostar, como así lo ha hecho la de Valladolid, por la IA, apelando al derecho si fuere necesario, como ya ha hecho The New York Times. Pero una demanda (incluso una demanda colectiva de todas las Universidades) no será suficiente, si, junto a la demanda, no se aplica la lección de Cervantes ante la irrupción de la imprenta. Era preciso enseñar cómo leer esos productos nuevos que la imprenta vino a poner al alcance de todos, si no se quería que los libros trastornasen a los lectores, como ejemplifica don Quijote. Y hoy, con la irrupción de la IA, los temores de Cervantes cobran nuevas formas ante nuestros ojos. La Universidad podrá demandar o no, pero desde luego, lo que es para ella un imperativo irrenunciable es colaborar (más activamente de lo que ya lo hace) en la creación de un lector avisado, porque detrás del relato de la IA anima un narrador tan infidente como Cide Hamete Benengeli.

Decía Ortega y Gasset¹⁶, en Misión de la Universidad, que “la sociedad necesita buenos profesionales, jueces, médicos, ingenieros...”.

Y función de la Universidad es contribuir a crearlos. Pero, la Universidad, si quiere ser, como dice nuestro lema, la casa de la sabiduría, ha de tener muy claro que no es suficiente contribuir a crear gente que aumente el PIB, sino que su principal función debería seguir siendo la de formar el tejido intelectual que garantice una sociedad de individuos libres, creativos e independientes con capacidad para apreciar los logros culturales del pasado y –con Edgar Morin en

Los siete saberes necesarios y antes con Cervantes y su lección sobre cómo leer– “superar las cegueras del conocimiento, el error y la ilusión, a través del conocimiento del conocimiento”.

Intentemos ser punteros en IA, en Matemáticas, en Ciencias médicas, en disciplinas relacionadas con el Derecho, con la Economía, pero sin olvidar que, más allá de cualquier perspectiva práctica, el intelectual debe esforzarse “por hallar, en medio de la crisis y a favor de su coyuntura, el sentido de la realidad en que se encuentra implicado, y desde el centro de esa realidad, pensar –y eso deberían propiciar las

Humanidades– los temas eternos con sinceridad implacable; mantener viva, en incesante clamor, la demanda por el destino esencial del hombre”.

Pero en una ocasión como la presente, en la que lo que debe imperar es el “gaudeamus igitur”, descendamos juntos de ese fresco de Miguel Ángel que les invitaba a recordar al inicio de mi intervención, reviviendo ahora las palabras con las que Cervantes concluye ese maravilloso “desatino” que es el Coloquio de los perros, tan vallisoletano:

El acabar el Coloquio el licenciado y el despertar el alférez fue todo a un tiempo; y el licenciado dijo: –Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo.

–Con ese parecer –respondió el alférez– me animaré y disporné a escribirle, sin ponerme más en disputas con vuesa merced si hablaron los perros o no.

A lo que dijo el licenciado:

–Señor Alférez, no volvamos más a esa disputa. Yo alcanzo el artificio del Coloquio y la invención, y basta. Vámonos al Espolón a recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento.

–Vamos –dijo el alférez.

Y, con esto, se fueron.

MUCHAS GRACIAS POR SU ATENCIÓN